Manuel Usandizaga, historiador de la Medicina

Pedro Laín Entralgo

Catedrático emérito de Historia de la Medicina de la Universidad de Madrid. De la Real Academia Nacional de Medicina.

Hace más de veinte años, y con motivo de su jubilación oficial como catedrático de Obstetricia y Ginecología, Manuel Usandizaga recibió, bajo forma de rico volumen votivo, el homenaje de varios de sus amigos y discípulos. Entre ellos había de estar mi nombre; y no sólo porque me honraba yo con su amistad, también porque en lo tocante a una parte de la admirable y diversa actividad del homenajeado, su nada escasa producción histórico-médica, debo considerarme discípulo suyo. ¿No fue acaso su excelente *Historia de la Obstetricia y la Ginecología en España* el libro con que preparé, con vistas a mi docencia en la cátedra de que fui titular, los temas en ese libro tratados? Y siendo ya machucho y un poco cansado docente de mi disciplina, ¿no es de él de quien aprendí la valiosa contribución de su conterráneo Ignacio María Ruiz de Luzuriaga al recto conocimiento de la fisiología de la respiración animal? No por culpa de los organizadores de ese homenaje —muy amablemente fui yo invitado a él—, sino a causa de los tártagos y las secuelas de un fastidioso accidente de automóvil, quedó entonces incumplido ese deber mío de amigo, admirador y discípulo extraginecológico de Manuel Usandizaga; pero lo importante frente a los deberes es cumplirlos; aunque sea a destiempo, cuando es la muerte del maestro y el amigo la razón del nuevo homenaje.

Manuel Usandizaga, historiador de la Medicina: un maestro de la Obstetricia y la Ginecología que, además de haber cultivado con singular autoridad su doble disciplina, consagró sus ocios a explorar con gran minucia documental y muy fina sensibilidad histórica no pocos dominios desconocidos o apenas conocidos del pasado de ella. Todo técnico y todo hombre de ciencia, hasta los más laboriosos, disponen en su vida de horas o semanas de ocio. ¿Qué hará en ellas? ¿Cazar, pintar, pescar, viajar, leer libros de arte o relatos de Simenon? Si como tal hombre de ciencia y como tal técnico ha cumplido con decoro su misión, y más aún si tal decoro ha llegado a ser verdadera eminencia, todo le será lícito. Pero como docente de la historia de un saber determinado y como devoto aficionado al buceo en el fundamento filosófico de ese saber, permítaseme dedicar una vez más mi aplauso más sincero a los técnicos y los hombres de ciencia que llenan su vacación semanal o su vacación anual con el amoroso cultivo de uno de los dos saberes por los cuales las ciencias y las técnicas arraigan en la total vida humana, en la vida del hombre en cuanto tal: lo que en ellas es su historia y lo que puede ser su filosofía. «Humanismo en profundidad», suelo llamar yo a esta vocacional actividad del espíritu, para distinguirlo del «humanismo por extensión» de quienes, siendo especialistas de una ciencia o una técnica muy determinadas, lo buscan —y a veces lo encuentran— por los más anchos y más numerosos caminos del arte, la literatura o la filosofía «en general».

Uno de estos «humanistas en profundidad», y precisamente por la vía de la historia, fue Manuel Usandizaga. En cuanto técnico y hombre de ciencia, dos son las disciplinas en que él ha descollado: por un lado la especialidad tocoginecológica; por otro, la organización de instituciones didácticas y hospitalarias. Pues bien: como para demostrar que su aficionada y rigurosa afición a la historia no era un vago y honesto pasatiempo, he aquí que los dos campos en que esa afición suya ha dado frutos más copiosos han sido el tocoginecológico (la ya mencionada *Historia de la Obstetricia y la Ginecología en España* y, por inmediata extensión anatomotopográfica, sus originales valiosos trabajos sobre la urología de los cirujanos catalanes «ilustrados») y el tocante a las instituciones médico-docentes (sus bellas «Historias» del Real Colegio de Cirugía de San Carlos de Madrid y del Real Colegio de Cirugía de Barcelona). A través de estos estudios, todos ellos tan bien pensados, tan bien documentados y tan bien escritos, Usandizaga ha iluminado con luz muy clara una buena parte del fundamento histórico de su propio saber y su propia

actividad; y a nosotros, a los que profesionalmente cultivamos la historia de las ciencias médicas, nos ha brindado conocimientos acerca del pasado que sólo el especialista en la materia de que se trate puede percibir y valorar con suficiente precisión.

Pero la exploración metódica de la historia de un saber particular se halla siempre presidida y orientada por tres coordinadas: el contenido de ese saber, anatomía, astronomía o derecho procesal, el país en que ese saber fue logrado y la época y el tipo de sociedad a que tal exploración se aplica, la Antigüedad clásica, la Edad Media, el Renacimiento o la Ilustración. Basta lo hasta ahora dicho, creo yo, para advertir que es esta última época, la Ilustración, el campo de la historia a que más acusada e imperiosamente tiende la afición del historiador Usandizaga. ¿Por qué? Puesto que toda inclinación humana tiene, visible o secreto, un determinado sentido vital, ¿cuál es el sentido profundo de esa patente querencia del historiador Manuel Usandizaga por los prometedores y templados años de la Ilustración, los de Feijoo y Jorge Juan, Casal y Elhuyar, Mutis y Cavanilles; o si se quiere, por los del Conde de Peñaflorida y los «caballeritos de Azcoitia»?

A mi modo de ver, el que esa misma pregunta casi explícitamente afirma: el hecho de que Usandizaga, guipuzcoano, médico, hombre de ciencia y fervoroso amador del bien público, es en su intimidad, como puede serlo un español cultivado de la segunda mitad del siglo XX, todo un «caballerito de Azcoitia». ¿Acaso no es éste el espíritu que aflora en las páginas de la más personal e innovadora de sus investigaciones históricas, el libro que lleva por título *Los Ruiz de Luzuriaga*? En él nos presenta, analizando los nada escasos escritos inéditos del padre, don José, la notable altura técnica y científica —para no nombrar la altura moral— a que podía llegar un médico provinciano durante los reinados de Carlos III y Carlos IV; y lo que es más importante, da a conocer un hecho de indudable relieve en la historia de la medicina española: la prioridad del hijo, Ignacio María Ruiz de Luzuriaga, en la corrección del grave error de Lavoisier —no obstante la indudable genialidad de éste y su decisivo papel en el descubrimiento del mecanismo químico de la respiración —acerca del sitio en que el oxígeno del aire inspirado da lugar a la formación del anhídrido carbónico del aire espirado. Según Lavoisier, esa reacción química acaecería en los alveolos pulmonares. A través de una serie de rigurosos estudios experimentales y de agudas reflexiones teóricas —*Memoria química sobre la descomposición del aire atmosférico*

por el plomo (París, 1784), *Tentamen medicum de reciproca atque mutua systematis sanguinei et nervosi actione* (tesis doctoral en Edimburgo, 1786), *Disertación chimica fisiológica sobre la respiración y la sangre* (Madrid, 1790)— antes, por tanto, que Lagrange y Hasenfratz (1791), y adelantándose cincuenta años a la definitiva demostración de Gustav Magnus (1837), el joven Ignacio María Ruiz de Luzuriaga logró descubrir que la tal reacción se produce realmente en todo el organismo, merced al oxígeno que a todas las partes de él lleva la sangre arterial. La historia de nuestras no muy abundantes contribuciones al saber médico universal queda así enriquecida, gracias a este trabajo de Usandizaga, con una de primer orden.

José Ruiz de Luzuriaga, un distinguidísimo práctico rural; Ignacio María, un investigador de talla internacional en su juventud, mientras pudo trabajar en París y en Edimburgo, y un preclaro clínico e higienista durante su madurez, cuando, terminados sus años de formación en Francia y Escocia, la penuria de la vida intelectual madrileña le hizo renunciar, bien a su pesar, a la carrera científica que tan brillantemente había iniciado. El padre, un entusiasta socio de la Real Sociedad Vascongada de Amigos del País; el hijo, uno de los más distinguidos alumnos del Seminario Patriótico Vascongado de Vergara. Dos auténticos «ilustrados» españoles, dos egregios realizadores del espíritu que en el País Vasco supieron crear, en torno a Peñaflorida y Altuna, los «caballeritos de Azcoitia». Para el gran tocoginecólogo, para el sobresaliente historiador de la Medicina que es Manuel Usandizaga, «caballerito de Azcoitia» del siglo XX, éste era, estoy seguro, uno de sus más fervientes deseos: el definitivo triunfo español de la ambición que hace doscientos años latía en las almas de aquellos beneméritos y malogrados paisanos suyos.